



**Pérez Esáin,  
Crisanto**

*(Pamplona, 1972)*

**N**acido en Pamplona y criado en Huarte, vivo desde hace más de quince años en Piura, ciudad situada en el desierto de la costa norte del Perú, a la que en mis relatos y en mi única novela publicada hasta la fecha suelo referirme como San Miguel y que suele ser su principal escenario. Comencé, como muchos, a escribir cuando tenía catorce o quince años, y el gusto por la lectura y la escritura me llevó a estudiar Filología Hispánica en la Universidad de Navarra. Una vez allá, no sé si una sobredosis de teoría o el acercamiento a demasiados autores canónicos en breve tiempo me dejó seco, y realmente dejé de escribir desde mediados de primer año y a lo largo de toda la carrera. Me convertí así en un escritor sin obra, que leía y leía pensando que de aquella manera llegaría el día en que cerraría el último libro leído para abrir al fin el primero por escribir. Terminada la carrera, y ya en el Perú, después de siete años dedicándome a la docencia en la Universidad de Piura y a la escritura académica, decidí que ya era hora de retomar el viejo sueño de escribir mis propios relatos y novelas. Me daba cierta vergüenza dar a conocer a los demás lo escrito, –las preguntas de siempre, ¿lo estaría haciendo bien?, ¿no sería mejor abandonarme a los trabajos de crítica literaria y a sesudos artículos académicos?–. Así que opté por enviar mis relatos a algunos concursos literarios. Gané un par de concursos en ese tiempo: el Ciudad de Tudela («Árboles enanos», 2006) y el Ciudad de Zaragoza («La casa escondida», 2007). Quedé finalista en varios más, como el Max Aub, la Felguera o el Juan Rulfo, organizado entonces por Ramón Chao en Radio Francia Internacional, París. Entonces, en navidades del 2009, cuando al fin llegó Miguel Ángel, nuestro hijo, Inés, mi mujer, falleció, de manera repentina. Por años dejé de escribir, dedicándome a criar a mi pequeño y a mi trabajo, pero sobre todo, incapaz de escribir nada más, hasta que en el 2013 decidí retomar la escritura. Ese año publiqué mi primer

libro de relatos, *La casa escondida*. Este mismo año, en abril, una novela mía, *La última muerte de Silvino Forossi*, ha ganado un concurso de novela organizado por una editorial limeña, el premio Altazor. Si alguien quiere leerme, por ahora y hasta que publique en España, puede encontrar mis libros en la biblioteca de Huarte. ¿Que cómo es mi estilo?, ¿en qué me inspiro? La inspiración es variada. Hay cuentos casi detectivescos, otros fantásticos y alguno casi de terror. También hay cuentos de corte más bien realista y alguno más o menos romántico. La novela es la historia de una vida, de un fotógrafo que llegó a serlo por pura supervivencia, y que con la fotografía se enamoró de una mujer y gracias a la fotografía pudo enamorarla y, una vez que ella falleció, pudo también sobrevivir a su muerte. Es una novela sobre la vida y sobre el amor, el amor de pareja, el amor de padre, el amor de amigo y el amor de hermano, sobre cómo la vida consiste en algo más que una sucesión de pequeñas o grandes derrotas. Suelo decir que, pese al título, esa novela es un canto a la vida, a la vida posible y a lo imposible. Respecto al estilo, le doy mucha importancia a la corrección, al tiempo que intento ser lo más sugerente y preciso posible. Mi lenguaje no es oscuro, en absoluto, pero sí he de avisar que después de tanto tiempo en Piura, se me escapan peruanismos en cada línea. No sé bien quiénes son mis maestros, mis modelos,

pero sí aviso que mis autores favoritos suelen ser hispanoamericanos: Horacio Quiroga, Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Ernesto Sábato, Bioy Casares o Jorge Luis Borges. De los españoles, disfruto inmensamente con Luis Landero, Antonio Muñoz Molina, Javier Cercas o José María Merino y de otras literaturas, disfruto igualmente con los novelones sobre la India de Vikram Seth, los relatos de Faulkner, Steinbeck, Carver, Alice Munro, Atxaga o Ismail Kadaré, a quienes considero de los grandes. Quizás, sobre todos ellos, surja la figura de Julio Ramón Ribeyro. Disfruté enormemente sus relatos cuando hice mi tesis doctoral sobre él, y de él aprendí que un escritor debe mirar la realidad con cierta distancia, y que esta la da el tiempo o el espacio. También aprendí que lo más difícil para un escritor es que no se note el artificio, que el “truco”, que siempre lo hay, pase desapercibido y la historia se lea con la facilidad de lo que está escrito con mesura. Si alguien me preguntara por qué escribo no sabría qué responder. No creo aquello de que uno escribe las historias que le gustaría leer, porque las historias cuando son buenas, nos dan mucho más de lo que les hemos pedido cuando comenzamos a leerlas. Sospecho que escribo porque en el fondo al hacerlo cada historia va creciendo con sus personajes, con sus vidas tan ajenas a mi vida como propias, y asisto maravillado a que todo aquello vaya cobrando un sentido que no sabía que alcanzaría a tener. Confieso que a veces no me creo haber escrito lo que he escrito, no con la desazón de quien no recuerda haber dicho tal o cual cosa en una conversación pasada, sino con el pasmo y la maravilla de haber sido superado por mi propia imaginación y el poder de la palabra.